

ÁLVAREZ BARRIENTOS, Josquín. *Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)*. Madrid: Abada Editores, 2017, 296 pp.

Madrid ha sido sujeto y objeto de infinidad de ensayos y ficciones a lo largo del tiempo, pero el libro que tenemos entre manos resulta original por la mirada que aplica a la ciudad como texto y palimpsesto, como realidad histórica a la par que organismo vivo en constante mutación, en la estela de aproximaciones a la capital de España como las realizadas por Edward Baker, Carlos Sambricio y Daniel Crespo Delgado, así como de las desarrolladas con respecto a otras capitales europeas por autores como Simon Schama (Ámsterdam) y Priscilla Parkhurst-Ferguson (París). Lo que hace diferente a esta historia de Madrid con respecto a las numerosas que se han escrito hasta la fecha es que indaga en el proceso de construcción de Madrid como capital desde la cultura.

*Cultura y ciudad. Madrid, del incendio a la maqueta (1701-1833)* es una historia cultural de Madrid estructurada en seis capítulos, arropados por una introducción, unas conclusiones, la bibliografía manejada (pp. 257-277), el listado de ilustraciones (pp. 279-280) y un útil índice onomástico (pp. 281-296), ya clásico en los trabajos del autor.

La introducción («Palabras preliminares. El periodo: 1701-1833», pp. 7-20) presenta el espíritu de este libro que aspira, ante todo, a «entender cómo vivieron Madrid y qué uso hicieron de ella sus habitantes» (19). También sirve para justificar el periodo escrutado: la etapa borbónica que marca el tránsito

del absolutismo al liberalismo y que coincide con el llamado, no sin controversia, «largo siglo XVIII», desde el ascenso al trono de Felipe V (1701) hasta la muerte de Fernando VII (1833). Son años que asisten a la transformación de la fisonomía urbana, que pasa de Corte borbónica a capital burguesa, de ciudad pequeña y monumentalmente pobre a «símbolo cultural de la nación» (12). De este proceso de metamorfosis se ocuparán los siguientes capítulos, a través del análisis de aspectos heterogéneos («cultura, ciencia, entretenimiento, urbanismo, representación, política, percepción», 13), que se examinan con rigor y, forzosamente, también con brevedad, sin dejar de lado realidades como los sonidos y los olores, así como las imágenes literarias contemporáneas (críticas, sátiras) que ofrecen «el retrato de la capital y su percepción por el lector» (13).

En el primer capítulo se examinan las principales imágenes, visuales y literarias, generadas sobre Madrid durante el periodo estudiado («Imágenes y representaciones de Madrid», 21-51). Ya fuera desde una voluntad de registrar fielmente la realidad como la que anima al sainetero Ramón de la Cruz, quien convirtió a Madrid en un personaje más de sus piezas teatrales, ya fuese desde la distorsión satírica perseguida por otros autores como Torres Villarroel o Larra, las visiones que nos legaron sobre la ciudad y sus continuas reformas son emocionales y sirven, como afirma el autor, «para detectar las novedades, ya se vivan desde el rechazo, ya desde su aceptación» (22). Resulta interesante la vinculación de las representaciones de Madrid construidas

por literatos y las trazadas por artistas a través de juegos y técnicas perspectivísticas, en un proceso lento, pero firme de construcción de Madrid como «espacio y tema literarios» (23). También se ofrece un «retrato de la ciudad desde las cifras» (29) y, para ello, el autor examina la representación de la ciudad que proporcionan los censos, como el de Ensenada de 1756 y el de Florida-Blanca de 1787, además de los datos sobre población dispersos en obras como las de Martín Sarmiento y el marqués de la Villa de San Andrés. Junto a ello, indaga en los sistemas de ordenamiento y vigilancia de la ciudad, desde la creación de cuerpos como el de los alguaciles de Casa y Corte, la Brigada de Carabineros, el Cuerpo de Inválidos, la Milicia Urbana, la Superintendencia de Policía y la Comisión Reservada hasta la aparición de los serenos, lo que respondía a «la necesidad de aplicar los criterios de la civilización a la conducta ciudadana mientras se avanzaba hacia la idea, ya decimonónica, de la ciudad como patrimonio o monumento que se debe conservar, pero también explotar» (33) a la par que se establecían, en casos como los mencionados de la Superintendencia y la Comisión, mecanismos de control ideológico y represión. Por último, se analizan en este capítulo otras representaciones de la ciudad que proporcionan información sobre la situación de Madrid, entre los que destaca singularmente el *Retrato actual y antiguo...* de Basilio Sebastián Castellanos de Losada (1830) porque «contribuyó a fijar la imagen de la ciudad y a verla como símbolo político y como monumento» (36) en un proceso que es, precisamente, objeto prioritario

de atención por parte de Álvarez Barrientos a lo largo de todo el libro. De tan solo un año más tarde es el *Manual de Madrid* de un jovencísimo Ramón de Mesonero Romanos, que ofrece, al igual que otros muchos textos costumbristas, un retrato de la ciudad y de sus elementos constitutivos en el que no pueden faltar los edificios emblemáticos y las viviendas como símbolos de modernidad y de sociabilidad pública y privada. También se examinan los planos como exponentes cartográficos paradigmáticos como la *Planimetría general de Madrid* (1749-1767) o el *Plan general de Madrid* (1766), así como los diseños topográficos de Tomás López y Nicolás Chalmandrier, que ayudan a completar la imagen de la ciudad dando «imagen a calles y fachadas» y, en definitiva, brindando «un perfil en el que situar la actividad cotidiana» (51).

El segundo capítulo («Los cambios urbanísticos: de un incendio a una maqueta», 53-81) se centra en la construcción de las infraestructuras asociadas al proceso de centralización del Estado y su aparato administrativo, lo que implica no solo la creación de edificios oficiales y sedes de instituciones (la Casa de Correos, el Pósito, la Casa de la Aduana, entre otros), sino también, y sobre todo, medidas urbanísticas para colocar Madrid, que por entonces «no tenía en absoluto aspecto capitalino» (54), a la altura de otras ciudades europeas. Así, el autor estudia cómo se abrieron y reformaron paseos como los de Atocha, el Prado y Delicias, además de mejorarse los puentes de acceso a la ciudad para renovar las comunicaciones con la Corte. También estudia la construcción del Palacio Nuevo, que se levantó

tras el incendio que devastó el antiguo Alcázar con una clara intención de ensalzar la monarquía borbónica y de «transmitir una imagen moderna y europea como emblema de la dinastía y de Madrid como capital imperial» (59), manteniendo el vasto edificio en la misma ubicación que el viejo, lo que prefijó en gran medida el esquema de la ciudad; se alzaron edificios monumentales vinculados a la gestión de la cultura y la ciencia (el Jardín Botánico, el Gabinete Topográfico, la Real Academia de Bellas Artes, etc.) y se instalaron diferentes edificios industriales que también contribuyeron a modificar el aspecto urbano, como la fábrica de Porcelanas en el Retiro o la de salitre en la Puerta de Atocha. Junto a los urbanos, el autor revisa otros cambios «de orden civilizador» que tuvieron gran influencia en los modos de vivir y las costumbres: el alumbrado público, que examina pormenorizadamente; la instalación de canalizaciones y pozos de saneamiento; el alcantarillado; el empedrado (que todavía en 1831 dejaba que desear, como declara Mesonero en su *Manual*); la observancia de medidas higiénicas de diverso signo en el espacio público que se trasladaron también al espacio privado de la vivienda en el marco de una «creciente conciencia de la diferencia entre lo público y lo privado» (70); los continuos proyectos y debates sobre el ensanche de la ciudad, iniciados por Jovellanos, y, para concluir, una actuación de la época de Fernando VII a la que, dada su especial significación iconográfica y simbólica, se dedica un epígrafe completo del capítulo final: la maqueta de Madrid realizada por León Gil de Palacio

entre 1828 y 1830, junto a un breve, pero interesante comentario sobre los proyectos no realizados y las utopías, que también han de tenerse en cuenta como modelo de representación y conducta. De este análisis sobre los distintos proyectos urbanísticos llevados a cabo durante los años objeto de estudio se desprende la clara voluntad de los distintos reyes de convertir la capital en un emblema de «unidad nacional» transmitida a través de los edificios que actúan como mensaje para futuras generaciones, en «un espacio más salubre y bello, así como representativo de la monarquía y de su proyecto civilizador y modernizador» (80).

Los aspectos relacionados con la influencia que tuvieron las reformas y las nuevas edificaciones en los cambios de conducta son objeto del tercer capítulo, que lleva por título «Civilización higiénica, cultura urbana y material. Nueva sociabilidad» (83-144) y que, en mi opinión, constituye la aportación más original del libro. El autor da una visión de Madrid desde la percepción de la ciudad en muy distintos y variados planos: los olores, los humos, la suciedad corporal, las pintadas en las paredes, la indumentaria, la gestualidad o los sonidos de Madrid se analizan a través de testimonios de observadores callejeros, costumbristas o viajeros que evidencian un creciente interés civilizador, una necesidad de ocultar y combatir la insalubridad y la falta de higiene, tanto en el ámbito urbano como en su correlato corporal, la materialidad corpórea del ciudadano. En paralelo, la moda civilizadora e higiénica se aprecia también en el cambio de gusto en la decoración de interiores (plasmados en

artículos periodísticos y textos costumbristas) y de «exteriores», singularmente en los proyectos de implantación de un traje nacional femenino, lo cual tenía un evidente trasfondo ideológico e impacto ideológico (tema, por cierto, que el autor conoce bien y que exploró en un artículo de 2011 titulado «Eutrapelia y control de la distinción»). Los gritos, claro está, no podían quedar al margen de esta microhistoria cultural de la percepción en el Madrid de 1701 a 1833, un tema que para el caso hispánico y en mi opinión reclama «a gritos» (perdónese la chanza fácil) que alguien le dedique un buen monográfico, más allá de comentarios superficiales y citas fugaces.

Aunque ya asomaron en páginas anteriores, las instituciones culturales y científicas son el centro de interés del autor en el cuarto capítulo («Las instituciones. Cultura y ciencia civil y militar», 145-172), donde se analiza el impacto que tuvieron sobre la ciudad la Real Biblioteca (después Biblioteca Nacional), la Real Academia Española y la Real Academia de la Historia, además de otros centros artísticos y científicos, como el Museo de Pinturas, el Gabinete de Historia Natural (luego Museo de Ciencias Naturales), el Gabinete de Máquinas, el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico y, en el ámbito castrense, el Real Museo Militar.

«Ocio y entretenimiento» (173-213) son los ámbitos que dominan en el quinto capítulo, de extensión más breve y donde se examinan las diversiones que ofrece el Madrid de la época estudiada: la sociabilidad en torno al paseo madrileño por antonomasia, el Prado, y las conductas en tertulias (El Parnasillo)

y sociedades (la Partida del Trueno), muy diferentes de las apreciables en otros entornos como jardines, teatros o conciertos y que generaban, asimismo, muy distintos entretenimientos. Especialmente curiosas resultan las páginas dedicadas al Carnaval y a «títeres, máquinass, sombras, panoramas, química casera, toros», donde asistimos a esos otros espectáculos, tan populares como poco queridos por los investigadores, que no suelen prestarles atención. Se aprecia aquí, como en otros puntos y enfoques de la producción científica de Álvarez Barrientos, la impronta y magisterio del autor de las *Disquisiciones antropológicas*.

El sexto y último capítulo, «Capital soñada, emblema nacional» (215-245), revisa los hitos importantes de la transformación de Madrid como Corte a Madrid como capital del Estado liberal y centro administrativo: la consolidación de la ciudad como centro y referente cultural a través de los museos; los proyectos de «capital ideal» de Sarmiento, Ponz, Cadalso y Mesonero Romanos; la creación del Panteón de Hombres Ilustres, que inicia José I y continúa *El Curioso Parlante*, y, finalmente, la maqueta de Madrid realizada por Gil Palacio a petición de Fernando VII, que el autor estudia al detalle como testimonio tangible que contrasta con esa otra cartografía, imaginada, trazada en las páginas precedentes.

El cierre del libro lleva al frente unas palabras de Ángel Fernández de los Ríos («Así vamos marchando maquinales e inconscientemente», pp. 247-255), extraídas de su *Guía de Madrid*, obra leída en contrapunto al *Manual de Madrid* y a otros textos urbanos de

Mesonero para evidenciar distintas interpretaciones sobre la conversión de Madrid en capital moderna, percepciones disímiles que no impidieron que ambos se identificaran por igual con la ciudad y que hablaran de sí mismos a través de ella. Esto, reconoce Álvarez Barrientos, es lógico y hasta cierto punto comprensible porque «hablar de una ciudad y más si es en la que se vive» en realidad implica hablar «de cómo se ha vivido y de cómo vivir en ella» (255). Esta historia cultural de Madrid, perfectamente rigurosa en lo formal y escrita con notable sensibilidad, no ha podido sustraerse a esa implicación en más de un pasaje, como evidencia esa delatora tercera personal del plural que se escapa en más de una ocasión («otros

vienen por la atracción [...]», por citar un solo ejemplo). En todo caso, nunca aporta una imagen estática y acabada, como suele ser lo habitual al historiar una ciudad en un periodo concreto; como bien apunta el autor, «las ciudades, como las tradiciones, como casi todo, son entidades fluidas y en constante cambio» (17). Esa «condición cambiante» (17) y «en constante formación» (9) de la ciudad (de toda ciudad) como «escenario de continuas variaciones» (20) emerge una y otra vez en *Cultura y ciudad*, lo que permite al lector asomarse a una historia cultural e íntima de un Madrid en perpetuo movimiento.

Ana Peñas Ruiz